

«Ni soy una muñeca hinchable, ni solo soy un vientre»

Marta Sanz **Escritora**

La autora de 'Clavícula', una descarnada novela biográfica, hablará mañana en el Hospital Reina Sofía de Murcia de 'Malestares'

■ ANTONIO ARCO

MURCIA. «Ni soy una muñeca hinchable, ni solo soy un vientre», dice Marta Sanz (Madrid, 1967) con una voz de dulce que ni empalaga ni sueña a pose. Familiar. La ganadora del Premio Herralde 2015 con su novela 'Farándula' resulta agradablemente familiar. Maneja las palabras con firmeza, las utiliza como abono exquisito que garanticen un diálogo fértil. Pero, antes, prepárese porque nos subimos a un avión... En el origen de 'Clavícula', su novela biográfica en carne viva, aparece la escritora durante un vuelo. No fue uno más. Tampoco uno menos sin más. Cambió su vida. Sintió un dolor hasta entonces desconocido. Su clavícula adquirió un protagonismo muy molesto, demasiado. Se abrió la puerta por la que entró un malestar físico, una dolencia ósea persistente que a veces desespera. Y, así, en 'Clavícula' «la narración del episodio autobiográfico se fractura como el mismo cuerpo que se deforma, recompone o rescita al ritmo que marcan las violencias de la realidad». En 'Clavícula', donde también habita un cómico malestar, se despliega con lucidez un mapa de cotidianidades que su autora convierte en literatura de altos vuelos y certeras palabras: la intolerancia ante el desequilibrio psicológico y el desequilibrio como síntoma cada vez menos excepcional, la ansiedad como patología del capitalismo avanzado, la sobreexplotación y el miedo a la pobreza que castiga, sobre todo, a las mujeres... Mañana, junto a su amiga, la también escritora y psicoanalista murciana Lola López Mondéjar, Sanz participará, en el Hospital Reina Sofía de Murcia, a las 20.00 horas, en el debate-coloquio titulado 'Malestares: subjetividad, cuerpo y sociedad'.

—¿Qué más no es usted?

—Tantas cosas! Desde luego, ni musa indescifrable, ni santuario, ni un territorio por conquistar, ni una seducción amenazante, ni ese espacio de misterio, oscuridad y pensamiento mágico que se nos atribuye a las mujeres no creo que con la mejor intención. Y tampoco soy una mujer cosida a pedazos que puedan ir mejorándose uno a uno mediante liposucciones o no sé qué técnicas

carísimas. Soy un organismo vivo que siente, padece y goza. Una escritora que escribe, sin temor, de lo que le duele.

—¿Y cómo se encuentra?

—La clavícula me sigue doliendo, y mis condiciones vitales personales son las que son: mi trabajo es muy agobiante, porque los escritores estamos mucho peor pagados de lo que la gente se puede imaginar, y mi marido sigue parado. Tiene 57 años y creo que no va a poder encontrar un trabajo en la vida. Y si a esto se le añade que yo estoy atravesando esta época tan poco fotogénica a la que llamamos menopausia, que a los miedos habituales que tenemos todos —soledad, vejez, muerte de los seres queridos...— se le une que vivimos en una sociedad con un horizonte cada vez más precario y más negro —¿se cargarán el sistema público de salud?, ¿qué va a pasar con las pensiones?...—, pues le tengo que decir que me duele todo mucho.

—¿La madurez ayuda a afrontar todo esto?

—En mi caso, la madurez me ha hecho tener más conciencia de mi fragilidad, tanto desde un punto de vista físico, como laboral y social y, por tanto, acrecentar un poco esa idea de que tengo derecho a quejarme porque si no nos quejamos las cosas no se hacen visibles, y si no se hacen visibles no se transforman, con lo cual yo creo que a lo mejor a lo que nos ayuda la madurez es a perder la timidez para decir que hay cosas que nos duelen. Y ello, aunque no sea muy presentable o muy adecuado hacerlo en este mundo donde parece que todos tenemos que tener una actitud ultrapositiva que, creo, lo que a veces hace es neutralizar la conciencia crítica que todos tenemos que tener; es como si poseer conciencia crítica, inmediatamente llevara aparejada la acusación de quejica. Y yo no creo que sea así.

Desmayos y sales

—¿A qué conclusión ha llegado?

—Pues, por ejemplo, a la de que, culturalmente, las mujeres o bien somos la princesa guisante, y nos desmayamos con una corriente de aire y hay que darnos las sales inmediatamente; o todo lo contrario, somos la mula que tira con todo, que se resigna, que trabaja dentro y fuera de casa y que cuida de los hijos, de los ancianos y de los enfermos mientras que sus propias enfermedades no importan si hay que cuidar a los demás. Y, claro, si estas dos visiones de la relación de las mujeres con el dolor las trasladamos al ámbito laboral, la versión está garantizada.



La escritora Marta Sanz. ■ JAIME GARCÍA

«Acumular sufrimiento lo que hace no es enseñarnos nada, sino invisibilizarnos y convertirnos en zombis en vida»

«Estoy atravesando esta época tan poco fotogénica a la que llamamos menopausia»

TOME NOTA

Coloquio-debate: 'Malestares: subjetividad, cuerpo y sociedad'. Con Marta Sanz, Lola López Mondéjar, Félix Crespo y Juan Rodado Martínez.

Dónde y cuándo: Hospital Reina Sofía de Murcia. Mañana (jueves), a las 20.00 horas.

—¿Qué tiene el dolor a favor?

—Aunque no creo que deba tenerse una visión arcangélica de la vida, probablemente de todas las emociones, incluso de las negativas como el dolor y el miedo, puede extraerse un pequeño destello de algo positivo. Por ejemplo, del miedo se dice que paraliza, pero que también nos ayuda a prevenir situaciones de peligro. Respecto al dolor, lo que nos aporta es la conciencia de que somos seres vivos y de que tenemos un cuerpo que hemos de cuidar. Pero, en cualquier caso, lo que yo pretendo es, no combatir, pero sí coger, o al menos que la gente reflexione sobre ello, todas esas ideas de la moral judeocristiana que relacionan el dolor y el sufrimiento con el crecimiento personal y con la capacidad de aprendizaje. Cuando yo escribí 'El frío', que era una historia amorosa, quise poner en la contraportada que nada aprendemos del sufrimiento; bueno, quizá algunas cosas, pero no creo que sea el discurs

so que debamos mantener desde un punto de vista ni personal humano individual, ni político social colectivo. Muchas veces, la acumulación de sufrimiento lo que hace no es enseñarnos nada, sino debilitarnos, invisibilizarnos y convertirnos en zombis en vida.

—¿Qué nos propone?

—Cuidar las relaciones con los demás, la fraternidad, las historias de amor. Y cuando hablo de historias de amor, no hablo solo de la historia con mi pareja o de mi relación con mis padres; y ni siquiera me refiero solo a las relaciones con los buenos amigos que están ahí para arroparte. Me quiero referir a un concepto de fraternidad más amplio; creo que tenemos que recuperar los vínculos fuertes entre los seres humanos para que nuestras historias de amor y nuestras reivindicaciones políticas tengan un peso real. —**Dígame un lugar donde sea feliz.** —La casa de mis padres en Calabardina, en Águilas.